



Los deberes de los padres

Responsabilidad y ayuda divina - La familia
cristiana

Diferentes autores

biblicom.org



Índice

1 - La tarea parental y su ejercicio	3
1.1 - El propósito de este artículo	3
1.2 - El hogar	4
1.3 - Las reuniones	5
1.4 - Lejos de casa	6
2 - Las madres – Jueces 5:1-9; Juan 19:25-27; 2 Juan	7
3 - Los deberes de los padres	9
3.1 - En primer lugar, si quieren educar correctamente a sus hijos, eduquenlos en el camino que deben seguir, y no en el que ellos querrían seguir	11
3.2 - Eduquen a sus hijos con mucho cariño, afecto y paciencia	11
3.3 - Eduquen a sus hijos con la convicción de que mucho depende de ustedes	13
3.4 - Eduquen a sus hijos con la preocupación permanente y primordial de su alma	14
3.5 - Eduquen a sus hijos en el conocimiento de la Biblia	15
3.6 - Acostúmbrenlos a la oración	17
3.7 - Acostúmbrenlos al celo y a la regularidad en la participación a las reuniones cristianas	19
3.8 - Edúquenlos en los hábitos de la fe	20
3.9 - Acostúmbrenlos a la obediencia	21
3.10 - Acostúmbrenlos a decir siempre la verdad	23
3.11 - Acostúmbrenlos a aprovechar siempre el tiempo	24
3.12 - Edúquenlos temiendo constantemente ser demasiado indulgentes	25
3.13 - Recuérdenles continuamente cómo Dios educa a sus hijos	27
3.14 - Críenlos pensando continuamente en la influencia del ejemplo que les dan	29
3.15 - Edúquenlos en el recuerdo continuo de que tienen una naturaleza pecaminosa	31
3.16 - Eduquen a sus hijos en el recuerdo continuo de las promesas de las Escrituras	31
3.17 - Por último, críenlos orando continuamente para que todo lo que hagan sea bendecido	33

1 - La tarea parental y su ejercicio

Edwin Norman CROSS

Truth and Testimony 2009, vol. 11, n.º 2, p. 29-33

«He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre» (Sal. 127:3).

1.1 - El propósito de este artículo

Este número está especialmente dedicado a los padres cristianos que se toman en serio el mandamiento bíblico de educar a sus hijos «con disciplina e instrucción del Señor» (Efe. 6:4). Gran parte de la herencia recibida de las generaciones anteriores para la educación piadosa de los hijos y su preparación para una vida santa se ha perdido; que Dios nos ayude a recuperarla y nos despierte al concepto de un hogar verdaderamente cristiano, donde la piedad sea manifiesta en todos los que forman parte de él. Los editores de esta revista son todos padres y conocen los numerosos ejercicios y luchas que supone criar a los hijos para el Señor en un mundo malo. Nosotros y nuestras familias estamos sometidos a muchas presiones. Nosotros y nuestras esposas hemos aprendido algo de la gracia de Dios en relación con la tarea de la educación de los hijos, y seguimos aprendiendo. No es que hayamos tenido éxito, pero se trata de estimular el ejercicio y animarnos a ayudarnos mutuamente en las cuestiones difíciles. Todos necesitamos el apoyo, la comunión y las oraciones de nuestros hermanos. Algunos de nuestros lectores son solteros, otros son parejas sin hijos y otros son abuelos. Su interés y simpatía serán de gran ayuda para los demás. Este número de la revista es una humilde contribución a ese fin. Si ustedes creen que puede ser útil para otros, compartan estos artículos y difundan así el beneficio que se puede obtener de estas páginas.

La tarea parental es quizás el papel más importante que debe cumplir un matrimonio si ha recibido la bendición de tener hijos. Debe proporcionar a los hijos un entorno en el que se aprenda la obediencia, el respeto y la reverencia, la modestia y la diligencia. Un padre debe promover los derechos del Señor Jesús en el hogar. El padre debe representar ante sus hijos el corazón del Padre, manifestando tanto Su ternura como Su derecho a ser obedecido. Esta demostración de un comportamien-

to adecuado mostrará al niño algo de los caminos de Dios hacia sus propios hijos y le dirá en la práctica quién es Dios y cuál es su voluntad para ellos. Este ambiente brinda la oportunidad de llevar a los niños al Señor y, para ellos, de convertirse a Dios y aprender a conocerlo como su Dios y su Salvador personal.

1.2 - El hogar

En el hogar debe haber una disciplina eficaz, incluyendo castigos por el mal comportamiento. La disciplina no sirve de nada si no produce un resultado inmediato. No sirve de nada amenazar con castigos si no se aplican con cuidado y eficacia. Los niños tienen voluntad propia, y esta se manifiesta pronto en su corta vida. No corresponde a un recién llegado al hogar establecer las normas de este, sino que debe aprender, ya desde su más tierna infancia, que debe someterse al orden, a las disposiciones y a la autoridad de los padres. Por supuesto, esta cuestión es motivo de ejercicio en la oración y de preocupación ante los ojos de Dios. Seguramente se planteará la pregunta: «¿Cómo debe ser la manera de vivir del niño, y qué debemos hacer con él?» (Juec. 13:12). Si hay un ambiente de amor y ternura junto con medidas efectivas, pronto dará fruto. La educación modelo de los hijos no se encuentra en el mundo, ni en sus consejeros, ni en los “ejemplos vividos” de personas no convertidas. Las responsabilidades de los padres y las madres están claramente establecidas en las Escrituras.

Este tema se desarrolla en el artículo de otro autor de esta revista (“El hogar cristiano” de R.K. Campbell), pero lo que podemos retener, en resumen, es lo siguiente: Que «los diáconos... dirijan bien a sus hijos y sus propias casas» (1 Tim. 3:12), y «el anciano debe ser irreprochable, marido de una sola mujer, con hijos creyentes, no acusados de libertinaje o insumisión» (Tito 1:6). «Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino educadlos con disciplina e instrucción del Señor» (Efe. 6:4). «Padres, no irritéis a vuestros hijos, para que no se desanimen» (Col. 3:21). Pablo también habla de ser como «la nodriza que cuida con ternura a sus propios hijos» (1 Tes. 2:7), y en cuanto a las viudas, que tengan «testimonio de buenas obras; si ha criado hijos, si practicó la hospitalidad... si aprovechó para hacer el bien», y el apóstol añade: «... Quiero, pues, que las más jóvenes (viudas) se casen, críen hijos, gobiernen sus casas, y no den al adversario ningún motivo de hablar mal» (1 Tim. 5:9-10, 14). A Timoteo, el apóstol le habla de «tu sincera fe... la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice; y estoy persuadido que en ti también» (2 Tim. 1:5).

Debe haber equidad en el trato a la familia: no se debe favorecer a ninguno de los hijos o hijas. Todos deben sentirse igualmente amados, apreciados y queridos. Cuando Jacob mostró parcialidad hacia José (*Gén. 37*), esto provocó disturbios sin fin en su hogar. Criar a los hijos requiere la mayor diligencia y constancia. Debo añadir que podemos fallar, pero cuando se cometen errores de juicio o faltas importantes en una acción disciplinaria o en la educación, es bueno que los padres se lo confiesen al hijo y, junto con él, a Dios. Esto es muy importante y mantiene una relación sana entre el hijo y los padres.

Un hogar comprometido por el Señor y por su testimonio es algo vital. Es por excelencia el lugar para desarrollar el amor del niño por las cosas de Dios y por lo que es querido al corazón de Cristo. ¿Hay coherencia entre la enseñanza y la práctica? Si no es así, los niños verán la doble cara de sus padres, y lo verán mucho más claramente que los cristianos que encontramos cada semana en las reuniones de la iglesia. La asistencia irregular a las reuniones no sirve de mucho; debemos establecer buenos hábitos para nosotros y nuestras familias. La congregación necesita que asistamos a tantas reuniones como sea posible. Es esencial demostrar que la asistencia a las reuniones es una prioridad para nosotros. Si no es así, no nos sorprendamos si luego nuestros hijos anteponen otras cosas a los intereses del Señor.

1.3 - Las reuniones

Una vez escuché a un predicador anciano hablar de una pregunta que le habían hecho: “¿Cuándo hay que empezar a hablarles del Señor a los niños pequeños?”. Él respondió: “¡En cuanto tengan 2 oídos!”. Estoy a favor de llevar a los niños a las reuniones de los hijos de Dios tan pronto como sea posible, especialmente en lugares donde el número de participantes es reducido. Pero entonces creo que la madre tiene la responsabilidad especial de hacerse cargo de los niños para que el padre pueda asumir su parte de responsabilidad en el servicio público en la asamblea. Si el padre hace saltar a su hijo sobre sus rodillas en lugar de concentrarse en el ejercicio de su función en la asamblea, no será un buen ejemplo para sus hijos ni para los demás niños o jóvenes que, cuando crezcan, ocuparán a su vez un lugar entre los hijos de Dios, como esperamos.

Otra cuestión que hay que sopesar cuidadosamente es el comportamiento de los niños en las reuniones. A veces se oyen comentarios del tipo: “Esto puede ser muy penoso para ellos”, pero este tipo de comentarios sirven para encubrir la falta de habilidad de los padres. ¿Cómo “entretener” a los niños en las reuniones para que

se estén quietos? Es un problema real, pero ya hemos estado en esta situación antes y también hemos escuchado los piadosos consejos de quienes han sido padres antes que nosotros; por eso me atrevo a hacer algunas sugerencias para ayudar. En primer lugar, queridos padres y madres no traigan una caja llena de juguetes ruidosos que se golpeen entre sí, chirrién y perturben las santas convocatorias solemnes de los santos (Lev. 23:4, 37). Si lo hacéis, es como si le dijerais a vuestro hijo: "Sigue jugando con esas cosas, ¡la reunión no es para ti!". Sé que no es lo que piensan, pero es el mensaje que le transmiten al niño. No tengo nada en contra de que los más pequeños traigan un osito para consolarse, o que los mayores traigan un libro de imágenes bíblicas; pero, por favor, no hagan ruidos con motores ni rompan papel, etc.

Es bueno de hacer participar a los niños en la vida y el desarrollo de las reuniones desde que son capaces de hacerlo. Cuando se indique un himno, que se unan al canto común y aprendan a tener su himnario como los mayores. Cuando se lea la Santa Biblia, que sepan que deben dejar de leer sus lecturas y escuchar las palabras más benditas que se pueden oír. Esto es lo que quería el apóstol Pablo, ya que fue guiado por el Espíritu Santo a dirigirse a los niños en sus cartas destinadas a ser leídas públicamente en las asambleas (Efe. 6:1 y Col. 3:20). Está claro que había niños en las reuniones de su época y que se esperaba que prestaran atención a lo que sucedía. Por supuesto, hay momentos de silencio y reflexión durante las reuniones, y es bueno enseñar a los niños cómo comportarse en esos momentos. Los padres y todos los hermanos y hermanas de la asamblea necesitan sabiduría y paciencia. Sabemos bien que donde hay ovejas, hay corderos, y donde hay corderos, se oyen balidos. Pero los corderos no deben perturbar el orden divino de la asamblea con un ruido excesivo que moleste.

1.4 - Lejos de casa

Hay una prueba práctica que mide la eficacia de la educación de los niños. ¿Cómo se comportan nuestros hijos cuando están lejos de casa? En primer lugar, ¿son corteses y amables en su trato con los desconocidos? ¿Se comportan correctamente con los mayores como con los jóvenes, con las autoridades como con los miserables? ¿Han sido bien preparados para vivir como cristianos en un mundo hostil? Lo que han aprendido de sus padres ¿se traslada a su vida personal? ¿Quieren ser a su vez padres ejemplares, criando a sus hijos para el Señor?

Estos puntos deben tenerse en cuenta y requieren respuestas. ¿Hemos dado a nuestros hijos una herencia adecuada, una explicación completa y creíble de las cosas

que se reciben entre nosotros con plena certeza (Lucas 1:1)? ¿Han sido instruidos en la Biblia, han aprendido a amarla, a memorizar partes de ella? ¿Han aprendido los coros y los cánticos? ¿Se les ha inculcado el amor por el Señor y por lo que él aprecia? Si es así, habrá una continuación de lo que han aprendido...

2 - Las madres – Jueces 5:1-9; Juan 19:25-27; 2 Juan

Norman ANDERSON

Truth & Testimony 2009, vol. 11, n.º 2, pág. 33-35

Los corazones de las madres son hoy más necesarios que nunca. En una época de desorden y agitación, Débora pasó a primer plano. En su cántico (Juec. 5), ella recuerda los días más felices, cuando los líderes de Israel y el pueblo eran llevados con buena voluntad (Juec. 5:2), ¡los días felices del testimonio de Dios! Pero ¡qué cambio después! El rechazo de la autoridad se infiltró; caminar en público se volvió peligroso (Juec. 5:6). No había temor de Dios ante los ojos del pueblo (Rom. 3:8). Los líderes habían desaparecido (Juec. 5:7). Se practicaba la idolatría (Juec. 5:8). Hoy en día se nos exhorta: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1 Juan 5:21). ¿Qué es un ídolo? ¡Todo lo que ocupa el lugar de Dios en nuestro afecto!

Los conflictos eran una prueba de su debilidad (Juec. 5:8): ¿Había un escudo o una lanza entre los 40.000 en Israel? Sus medios de defensa estaban destruidos; ¡estaban desarmados! Entonces Débora cantó... (Juec. 5:3): «Me levanté como madre en Israel.» (Juec. 5:7). Eso es lo que necesitamos también hoy: madres con un corazón para el testimonio de Dios; madres que bendicen al Señor; madres que sienten las cosas con Dios.

¡Qué lugar tiene la madre en un hogar! Cuánto tiene que ver con los hijos. El padre, normalmente, pasa menos tiempo con ellos que la madre, la cual, normalmente y según las Escrituras, está trabajando en casa. Qué responsabilidad y qué privilegio tener unos lazos familiares tan estrechos en los tiernos años de formación. Qué oportunidad para las madres piadosas de sentar una buena base cristiana según las Escrituras en sus hijos.

Nuestro Señor santo y siempre lleno de gracia, cuando estaba clavado en la terrible cruz, demostró la perfección de su humanidad cuando, al ver a su madre allí de pie

junto al discípulo que él amaba, puso el sello de su aprobación sobre el carácter bendito de la relación natural diciendo: «Mujer, he ahí tu hijo». «Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa» (Juan 19:26-27). ¡Qué bendita consideración la de nuestro Señor! Oh, jóvenes creyentes que tenéis madres creyentes, apreciadlas, escuchad sus advertencias, porque ellas saben lo que es mejor para vosotros. «Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre; porque adorno de gracia serán a tu cabeza, y collares a tu cuello» (Prov. 1:8-9).

Esto nos lleva a considerar la Segunda Epístola de Juan, que es probablemente la última palabra de las Escrituras sobre el hogar. Qué decoro hay en el enfoque de Juan en esta carta dirigida a una madre, tal vez viuda, ya que es evidente que ella estaba a cargo de la casa (2 Juan 10): «El anciano a la señora elegida y a sus hijos» que andan en la verdad. ¡Qué insistencia se pone aquí en la verdad! «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a los simples» (Sal. 119:130).

¡Cuánto necesitaba una madre así la ayuda divina para guiar correctamente a sus hijos! (2 Juan 3). Por eso Juan le deseaba en primer lugar «gracia», ese sentimiento de inmenso favor de Dios que abrió la grandiosa revelación de la era cristiana, por un lado «Jesucristo venido en carne» y por otro «la enseñanza de Cristo» –es decir, en primer lugar, Cristo descendido y luego ascendido al cielo y, en segundo lugar, la revelación de la verdad del Padre y del Hijo– ¡en verdad, la vida eterna! No hay absolutamente ninguna razón para que las hermanas no disfruten de la plena luz sobre las cosas profundas de Dios, ni se beneficien de ellas –de lo contrario, ¿cómo enseñarían la verdad a sus hijos?

Después de la gracia viene la «misericordia» (2 Juan 3): en el torbellino de la vida cotidiana, con las preocupaciones familiares y las ocupaciones del hogar, la madre necesita esa cualidad bendita de consideración y respeto que se le da en todas las confusiones y presiones de la vida cotidiana, para fortalecerla, sostenerla y armarla en el camino.

A continuación, Juan desea «paz». ¡Oh, la tranquilidad y la serenidad de la madre que conoce el favor de Dios y disfruta de él, y que tiene el socorro de su misericordia! Y fíjense bien: «de parte de Dios Padre y de Jesucristo» (2 Juan 3), todo lo que nuestro Salvador es como Señor y como Cabeza (del Cuerpo). Esto es lo que el amado apóstol Juan deseaba para esta madre, y con ello la conciencia de todo el atractivo y la dulzura contenidos en el precioso nombre de Jesús, «el Hijo del Padre, en verdad y [en] amor» (2 Juan 3), ese amor que es el vínculo de todo (Col. 3:14). Todo esto es

la atmósfera bendita de la familia divina.

He aquí, pues, el equipamiento que se pide a una verdadera «madre en Israel» en nuestros días, en que la vida familiar se degrada y la intervención del Estado aumenta, a lo que se añade el terrible aumento de la delincuencia juvenil, la tragedia de los niños abandonados a su suerte y la ola de vandalismo y violencia que lo arrasa todo. Tenemos aquí el baluarte para impedir que estas cosas entren en el hogar cristiano: la gracia, la misericordia, la paz, la verdad con amor, en un mundo cada vez más desprovisto de amor.

Que cada madre, y también cada padre, se amen «unos a otros» (2 Juan 5). «Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos» (2 Juan 6). Recordemos siempre que la obediencia a la verdad es la prueba del amor en la verdad.

3 - Los deberes de los padres

Adaptado – según J. C. RYLE

Truth & Testimony 2009, vol. 11, n.º 2, p. 41-68

«Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él» (Prov. 22:6).

Supongo que la mayoría de los cristianos conocen bien este texto. Probablemente su expresión os resulte familiar, como una vieja melodía. Es probable que lo hayan oído o leído muchas veces, que hayan hablado de él, que lo hayan citado, ¿no es así?

Pero, después de todo, ¡cuán poco se presta atención al fondo de este texto! La doctrina que contiene parece poco conocida, y es de temer que el deber que nos impone rara vez se practique. Lectores, ¿no es cierto lo que digo? No se puede decir que el tema sea nuevo. El mundo es viejo y contamos con la experiencia de unos 6.000 años que nos ayudan. Vivimos en una época en la que hay un gran celo por la educación. Se oye hablar de nuevas escuelas que se crean por todas partes. Se habla de nuevos sistemas y de nuevos libros para los jóvenes, de todo tipo y para todos los gustos. Y a pesar de todo ello, es evidente que la gran mayoría de los niños no están siendo educados como deberían, ya que cuando llegan a la edad adulta no caminan con Dios. ¿A qué se debe este estado de cosas? La simple verdad es que no se tiene

en cuenta el mandamiento del Señor que figura en nuestro texto y, por lo tanto, la promesa del Señor que lo acompaña no se cumple.

Lectores, que estas cosas penetren profundamente en su corazón. Acepten que un siervo les dé una palabra de exhortación sobre la buena educación de los hijos. Créanme, este es un tema que debería conmover profundamente todas las conciencias y llevar a cada uno a preguntarse: “¿Estoy haciendo todo lo que puedo en este ámbito?”.

Este tema nos concierne a casi todos. No hay hogar que no se vea afectado. Padres, enfermeras, maestros, tíos, tías, hermanos, hermanas, todos tienen algún interés en ello. Creo que no hay nadie que no pueda influir en alguna manera en la conducta de su familia o influir en la educación de algún niño con sus sugerencias o consejos. Tengo la sensación de que cada uno de nosotros puede hacer algo, ya sea directa o indirectamente, y deseo despertar a todos para que lo recuerden.

Es también un tema en el que todos los interesados corren un gran peligro de incumplir su deber. Es, sobre todo, un tema en el que las personas ven más claramente los defectos de sus vecinos que los propios. A menudo educan a sus hijos precisamente en la senda que denuncian a sus amigos como peligrosa. Ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio. Tienen ojos de águila para detectar los defectos de los demás, pero son ciegos como murciélagos ante los errores fatales que cometen a diario en su propia casa. Son sabios en lo que se refiere a la casa de su hermano, pero insensatos en lo que se refiere a su propia carne y sangre. Debemos desconfiar especialmente de nuestro propio juicio en este sentido. Harían bien en tenerlo presente. (*)

(*) No puedo evitar señalar que hay pocos temas en los que la gente sea tan obstinada como en el de sus hijos. En repetidas ocasiones me ha sorprendido la lentitud de los padres cristianos, normalmente sensibles, a la hora de admitir que sus propios hijos pueden estar equivocados y merecer una reprimenda. A muchas personas les resulta más fácil hablar de sus pecados que de cualquier error cometido por sus hijos.

Pasemos ahora a algunos puntos sobre la educación correcta. Que Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo bendigan estas pocas palabras y las conviertan en una palabra oportuna para cada uno. No las rechacen porque sean sencillas y directas; no las desprecien porque no contengan nada nuevo. Tengan la certeza de que, si educan a sus hijos para el cielo, quedarán huellas que no se olvidarán fácilmente.

3.1 - En primer lugar, si quieren educar correctamente a sus hijos, edúquenlos en el camino que deben seguir, y no en el que ellos querrían seguir

Recuerden que los niños nacen con una clara inclinación hacia el mal, por lo que, si les dejan elegir por sí mismos, sin duda tomarán la decisión equivocada. La madre no puede decir cómo será su pequeño cuando sea adulto: pequeño o grande, débil o fuerte, sabio o insensato. Puede tener cualquiera de estos caracteres o ninguno, no lo sabemos; pero hay una cosa de la que la madre puede estar segura, y es que tendrá un corazón corrupto y pecador. Es natural que hagamos lo que no es bueno. «La necedad está ligada en el corazón del muchacho», dice Salomón (**Prov. 22:15**); «... Mas el muchacho consentido avergonzará a su madre» (**Prov. 29:15**). Nuestros corazones son como la tierra que pisamos; déjenla sin labrar y seguro que crecerán malas hierbas. Si quieren actuar con sabiduría con su hijo, no deben dejar que se guíe por su propia voluntad. Piensen por él, juzguen por él, actúen por él, tal como lo harían con un lisiado o un ciego; pero, por piedad, no lo abandonen a sus gustos y tendencias indóciles. Lo que él ama y desea no es lo que hay que seguir. Él aún no sabe lo que es bueno para su mente y su alma, ni tampoco para su cuerpo. No le dejen decidir lo que come o bebe, ni cómo vestirse. Sean coherentes y actúen con su mente de la misma manera. Edúquenlo en el camino que es según las Escrituras y que es justo, y no según sus caprichos.

Si no aceptan este primer principio de la educación cristiana, es inútil que sigan leyendo este artículo. La voluntad propia es casi lo primero que aparece en los pen-samientos del niño, y es lo primero a lo que hay que resistirse.

3.2 - Eduquen a sus hijos con mucho cariño, afecto y paciencia

No quiero decir que deba malcriarlo, sino que deben hacerle ver que lo ama.

El amor debe ser el hilo conductor de toda su conducta. La amabilidad, la afabilidad, la gran paciencia, el apoyo, la simpatía, la voluntad de compartir los problemas del niño, la prontitud para participar en sus alegrías infantiles: he aquí las cuerdas que mejor ayudan a dirigir al niño; he aquí los caminos que hay que seguir para encontrar la puerta de su corazón. La mayoría de las personas, incluso los adultos, son más fáciles de tirar que de dirigir. En todos nuestros corazones hay algo que nos hace levantar las armas contra la coacción; nos erizamos y endurecemos el cuello

ante la sola idea de la obediencia forzada. Somos como caballos jóvenes en manos del domador: manéjenlos con delicadeza y trátenlos con respeto, y pronto podrán guiarlos con un simple hilo; si hacen uso de la dureza y de la violencia, les llevarán meses dominarlos, si es que lo consiguen.

Las mentes de los niños están moldeadas con el mismo molde que las nuestras. Los modales duros y severos escalofrían y repelen. Cierran los corazones, y se cansarán para encontrar la puerta. Pero solo muéstrenles sentimientos de afecto hacia ellos; háganles ver que realmente desean hacerlos felices y el bien; que, si los castigan, es por su bien, y que darían todo por alimentar sus almas; háganles ver todo esto y pronto serán suyos, estoy seguro. Pero hay que tratarlos con benevolencia si se quiere ganar su atención. La propia razón nos enseña esta lección. Los niños son criaturas débiles y tiernas y, como tales, necesitan un trato paciente y reflexivo. Hay que manejarlos con delicadeza, como máquinas frágiles, para que un trato brusco no les haga más mal que bien. Son como plantas jóvenes que necesitan un poco de agua, a menudo, pero no mucha cada vez.

No debemos esperar todo de golpe. Debemos recordar lo que son los niños y enseñarles lo que son capaces de soportar. Sus mentes son como un trozo de metal que no se forja ni se hace útil de un solo golpe, sino solo mediante una sucesión de pequeños golpes. Su inteligencia es como vasijas de cuello estrecho, en las que se vierte poco a poco el vino del conocimiento, porque si no, se desperdicia y se pierde gran parte. «... Mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito allí, otro poquito allá» (Is. 28:10), esa es nuestra regla. La piedra de afilar actúa lentamente, pero los múltiples roces hacen que el filo sea muy fino. En verdad, se necesita paciencia en la educación de un niño, sin la cual no se puede hacer nada.

Nada puede compensar la falta de ternura y amor. Un siervo puede hablar de la verdad tal como es en Jesús (Efe. 4:21), de manera clara, enérgica e irrefutable, pero si lo hace sin amor, pocas almas se ganarán. Del mismo modo, hay que poner a los hijos ante sus obligaciones, mandarlos, amenazarlos, castigarlos, razonar con ellos, pero si vuestra manera de actuar carece de afecto, vuestro trabajo será totalmente inútil.

El amor es uno de los grandes secretos de una educación exitosa. La irritación y la dureza pueden asustar, pero no convencen al niño de que ustedes tienen razón; y si les ve a menudo perder los estribos, pronto dejarán de ser respetado. Un padre que habla a su hijo como lo hizo Saúl a Jonatán (1 Sam. 20:30) no puede esperar

conservar influencia sobre la mente de su hijo.

Esfuércense por mantener el afecto de su hijo. Es peligroso que su hijo le tenga miedo. Cualquier cosa es mejor que la reserva y la frialdad entre ustedes y su hijo, ya que estas son la consecuencia inevitable del miedo. El miedo pone fin a la libertad de comportamiento; el miedo conduce a los secretismos; el miedo siembra la hipocresía y conduce a muchas mentiras. Hay toda una mina de verdad en las palabras del apóstol Pablo a los colosenses: «Padres, no irritéis a vuestros hijos, para que no se desanimen» (Col. 3:21). No olviden este consejo.

3.3 - Eduquen a sus hijos con la convicción de que mucho depende de ustedes

La gracia es el principio más poderoso. Vean la revolución que opera la gracia cuando penetra en el corazón de un pecador empedernido; cómo derriba las fortalezas de Satanás, derriba montañas, llena valles, endereza lo que está torcido y crea un hombre nuevo por completo. En verdad, nada es imposible para la gracia.

La naturaleza también es muy fuerte. Miren cómo lucha contra las cosas del reino de Dios; combate todos los intentos de avanzar en la santidad; libra una guerra incansante en nosotros hasta nuestro último aliento. La naturaleza es realmente fuerte.

Pero después de la naturaleza y la gracia, sin duda, no hay nada más poderoso que la educación. Los hábitos adquiridos desde muy temprana edad lo son todo para nosotros, si Dios lo permite. Somos lo que somos por educación. Nuestro carácter toma la forma del molde en el que se funden nuestros primeros años.

Dependemos en gran medida de quienes nos crían. De ellos recibimos tal color, tal gusto, tal prejuicio que se nos pega al cuerpo más o menos toda nuestra vida. Adoptamos el lenguaje de nuestras niñeras y madres y aprendemos a hablarlo casi sin darnos cuenta; adoptamos, sin cuestionar nada, algunos de sus modales, costumbres y pensamientos. Solo el tiempo muestra cuánto debemos a las impresiones del comienzo de nuestras vidas y cuántas cosas en nosotros llevan la huella de la semilla sembrada en los días de nuestra infancia por quienes nos rodeaban.

Todo esto es una de las disposiciones misericordiosas de Dios. Él da a sus hijos un espíritu que recibe las impresiones como arcilla húmeda. Les da al comienzo de la vida la disposición a creer lo que les dicen, a dar por cierto lo que les aconsejan y a confiar en su palabra más que en la de un extraño. En resumen, les da una oportuni-

dad de oro para hacerles el bien. Procuren que esta oportunidad no se descuide ni se desperdicie. Una vez que se nos escapa, se ha ido para siempre. Guárdense de caer en la miserable ilusión en la que han caído algunos, que creen que los padres no pueden hacer nada por sus hijos, que hay que dejarlos a su suerte y esperar a que la gracia actúe sin hacer nada. Estas personas tienen para sus hijos deseos semejantes a los de Balaam: quieren que mueran como los justos, pero no hacen nada para que vivan. Desean mucho y no tienen nada. Y el diablo se regocija al ver este tipo de razonamientos, como siempre se regocija al ver lo que excusa la indolencia y anima a descuidar los medios que hay que poner en práctica.

Ciertamente, ustedes no pueden convertir a su hijo. Sé bien que los que han nacido de nuevo no han nacido de la voluntad del hombre, sino de Dios (**Juan 1:13**). Pero también sé que Dios dice expresamente: «Instruye al niño en su camino» (**Prov. 22:6**); y él nunca impone un mandamiento al hombre sin darle la gracia para cumplirlo. Y también sé que nuestro deber no es quedarnos quietos y discutir, sino seguir adelante y obedecer. Es precisamente cuando avanzamos cuando Dios se encuentra con nosotros. El camino de la obediencia es el camino en el que él da la bendición. Solo tenemos que hacer lo que se ordenó a los sirvientes de las bodas de Caná, es decir, llenar los cántaros de agua, y entonces podemos dejar que el Señor transforme el agua en vino con toda seguridad.

3.4 - Eduquen a sus hijos con la preocupación permanente y primordial de su alma

Estos pequeños son, sin duda, preciosos a sus ojos; así que, si los aman, piensen a menudo en su alma. Ningún interés particular debería importar más para ustedes que su interés eterno. Nada en ellos debería serles tan querido como lo que nunca morirá. El mundo con toda su gloria pasará; las colinas se derretirán (**Amós 9:13**), los cielos se enrollarán como un libro (**Is. 34:4**), el sol dejará de brillar; pero el espíritu y el alma que moran en estas pequeñas criaturas que tanto aman sobrevivirán a todos ellos. Sin embargo, que vivan en el gozo o en la miseria (por hablar en términos humanos), depende de ustedes.

Este pensamiento debe ser una prioridad para ustedes en todo lo que hagan por sus hijos. En cada paso que den con respecto a ellos, en cada plan y cada disposición que les concierna, no olviden hacer esta importante pregunta: “¿Cómo afectará esto a su alma?”.

El amor de las almas es el alma de todo amor. Mimar, consentir y malcriar a sus hijos como si este mundo fuera su único interés, como si esta vida fuera el único momento de felicidad, no es amor verdadero, sino crueldad. Es tratar al niño como un animal de la tierra que solo tiene un mundo en el que interesarse y nada después de la muerte. Es ocultarle esa gran verdad que debería aprender desde la infancia, a saber, que el objetivo final de su vida es la salvación de su alma.

Un verdadero cristiano no debe ser esclavo de la moda si quiere criar a su hijo para el cielo. No debe contentarse con hacer las cosas simplemente porque es la costumbre en el mundo; enseñarles e instruirles en ciertos caminos simplemente porque es la costumbre; permitirles leer libros de dudosa reputación simplemente porque todo el mundo los lee; dejarles adquirir hábitos de dudosa reputación simplemente porque así se hace hoy en día. El verdadero cristiano debe vigilar el alma de sus hijos. No debe avergonzarse de que su educación sea calificada de singular y extraña. ¿Qué importa si la gente lo dice? El tiempo se acorta; la figura de este mundo pasa (1 Cor. 7:29, 31). El que ha criado a sus hijos para el cielo en lugar de para la tierra, para Dios en lugar de para los hombres, ese es el padre que será llamado sabio al final.

3.5 - Eduquen a sus hijos en el conocimiento de la Biblia

No pueden obligar a sus hijos a amar la Biblia, lo admito. Solo el Espíritu Santo puede dar un corazón que se deleite en la Palabra. Pero pueden hacer que sus hijos se familiaricen con la Biblia; y estén seguros de que no pueden familiarizarse demasiado bien ni demasiado pronto con este libro bendito. Un conocimiento profundo de la Biblia es la base de toda visión clara en materia religiosa. En general, quien está bien fundamentado en la Biblia no será sacudido y llevado de aquí para allá por todo viento de nueva doctrina (Efe. 4:14).

Todo sistema educativo que no pone en primer lugar el conocimiento de las Escrituras es peligroso y malsano. Deben ser cuidadosos en este punto precisamente porque ahora el diablo anda suelto y abunda el error. Algunos de nosotros damos a la Iglesia el honor que le corresponde a Jesucristo. Algunos utilizan los sacramentos como salvadores y como pasaportes para la vida eterna. Algunos llenan la mente de sus hijos con miserables cuentecitos en lugar de las Escrituras de la verdad. Pero si aman a sus hijos, que la simple Biblia sea todo en la educación de sus almas, y pongan los demás libros en segundo lugar. No se preocupen tanto por que sean fuertes en conocimientos, sino más bien fuertes en las Escrituras. Esa es la educación que Dios honrará. El salmista dice de Él: «Porque has engrandecido tu nombre, y tu pa-

labra sobre todas las cosas» (Sal. 138:2); y creo que él da una bendición especial a todos los que se esfuerzan por magnificar su Palabra entre los hombres.

Asegúrense de que sus hijos leen la Biblia *con reverencia*. Edúquenles a verla no como la palabra de los hombres, sino como lo que realmente es, la Palabra de Dios escrita por el Espíritu Santo mismo: todo en ella es verdadero, todo es provechoso y capaz de hacernos sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús (2 Tim. 3:15).

Procuren que sus hijos leen la Biblia *con regularidad*. Enséñenles a considerarla como el alimento diario de su alma, como algo esencial para la buena salud diaria de su alma. Sé bien que, por su parte, no pueden hacer esto más que de forma superficial, pero no se puede calcular la cantidad de pecados que una simple forma puede restringir indirectamente.

Asegúrense de que leen *toda la Biblia*. No deben abstenerse de presentarles ciertas doctrinas. No imaginen que las doctrinas principales del cristianismo son incomprendibles para los niños. Los niños entienden mucho más de la Biblia de lo que suponemos.

Háblenles del pecado, de su culpa, de sus consecuencias, de su poder, de su carácter vil; descubrirán que pueden entender algo.

Háblenles del Señor Jesucristo y de su obra para nuestra salvación: la expiación, la cruz, la sangre, el sacrificio, la intercesión. Descubrirán que, en todo esto, hay algo a su alcance.

Háblenles de la obra del Espíritu Santo en el corazón del hombre: cómo cambia, renueva, santifica y purifica. Pronto verán que pueden seguirles en cierta medida en esto. En resumen, creo que no tenemos idea de hasta qué punto un niño pequeño puede asimilar la longitud y la amplitud del glorioso Evangelio. Ven mucho más de estas cosas de lo que suponemos. (*)

(*) En cuanto a la edad en que debe comenzar la instrucción religiosa de un niño, no hay una regla general. En algunos niños, la mente parece abrirse mucho más rápidamente que en otros. Es raro que se empiece demasiado pronto. Hay ejemplos maravillosos de lo que pueden llegar a hacer los niños ya a los 3 años.

Llenen sus mentes con las Escrituras. Hagan que la Palabra permanezca en ellos abundantemente. Denles la Biblia, toda la Biblia, ya desde pequeños.

3.6 - Acostúmbrenlos a la oración

La oración es el verdadero aliento de vida del alma. Es una de las primeras pruebas de que alguien ha nacido de nuevo. El día en que el Señor envió a Ananías a Saulo, le dijo: «Porque está orando» (Hec. 9:11). Había comenzado a orar, y eso era prueba suficiente.

La oración fue la marca distintiva de los hijos de Dios el día en que comenzó una verdadera separación entre ellos y el mundo: «Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová» (Gén. 4:26).

La oración es la característica distintiva de todo verdadero cristiano hoy en día. Oran para decirle a Dios sus necesidades, sus sentimientos, sus deseos, sus temores; y realmente piensan lo que dicen. El cristiano profeso puede repetir oraciones, incluso buenas oraciones, pero eso no va más allá.

La oración es un punto de inflexión en el alma de un hombre. Mientras no nos arrodillemos, nuestro ministerio es inútil y nuestro trabajo es vano. Hasta entonces no hay esperanza para ustedes.

La oración es un gran secreto de la prosperidad espiritual. Cuando hay mucha comunión personal con Dios, su alma crecerá como la hierba después de la lluvia; cuando hay poca, todo se estanca y su alma apenas se mantiene con vida. Muéstrenme un cristiano que crece, un cristiano que avanza, un cristiano fuerte, un cristiano floreciente, y estoy seguro de que es alguien que habla a menudo con su Señor. Pide mucho y tiene mucho. Se lo cuenta todo a Jesús, y así siempre sabe cómo actuar.

La oración es el motor más poderoso que Dios ha puesto en nuestras manos. Es la mejor arma que podemos utilizar en todas las dificultades y el remedio más seguro en todas las tribulaciones. Es la llave que abre el tesoro de las promesas y la mano que atrae la gracia y el socorro en el momento de la necesidad. Es la trompeta de plata que Dios nos manda tocar en todas nuestras necesidades, y es el grito al que él siempre ha prometido responder, como una madre llena de amor cuando oye la voz de su hijo.

La oración es el medio más sencillo de acceder a Dios. Está al alcance de todos: enfermos, ancianos, lisiados, paráliticos, ciegos, pobres, ignorantes... todos pueden orar. De nada sirve alegar que se carece de memoria, de instrucción, de libros o de formación teológica en este ámbito. Mientras tengan lengua para expresar el estado de su alma, pueden y deben orar. Estas palabras: «No tenéis, porque no pedís» (Sant.

4:2) serán una terrible condena para muchos en el día del juicio.

Padres, si aman a sus hijos, hagan todo lo que esté en su poder para inculcarles el hábito de la oración. Enséñenles cómo empezar. Díganles qué decir. Anímenlos a perseverar. Háganles pensar, si se vuelven descuidados o perezosos en la oración. Que no sea culpa suya, en ningún caso, si nunca invocan el nombre del Señor. Recuerden que la oración es el primer paso que un niño es capaz de dar. Mucho antes de que sepa leer, pueden enseñarle a arrodillarse junto a su madre y a repetir sencillas palabras de oración y alabanza que ella les ponga en la boca. Y como los primeros pasos de cualquier empresa son siempre los más importantes, la forma en que su hijo ora es un aspecto que merece su más atenta atención. Pocos se dan cuenta de todo lo que depende de ello. Deben tener cuidado de que no empiecen a decir las oraciones de forma apresurada, descuidada e irreverente.

Deben evitar dejar la supervisión de esta cuestión en manos de otros, o confiar demasiado en su hijo si se le deja solo. No puedo felicitar a una madre que nunca comprueba por sí misma esta parte tan importante de la vida cotidiana del niño. Si hay un hábito que su mano y su ojo deben ayudar a formar, es sin duda el hábito de la oración. Si nunca oye a su hijo orar, tienen ustedes gran parte de la culpa. No son ustedes mucho más prudentes que el avestruz descrito por Job: «El cual desampara en la tierra sus huevos, y sobre el polvo los calienta, y olvida que el pie los puede pisar, y que puede quebrarlos la bestia del campo. Se endurece para con sus hijos, como si no fuesen suyos, no temiendo que su trabajo haya sido en vano» (Job 39:17-19).

El hábito de la oración es el que recordamos durante más tiempo. Muchos ancianos pueden contar cómo les hacía orar su madre cuando eran niños. Probablemente otras cosas se han borrado de su memoria: el edificio donde rendían culto, el predicador que oían predicar, sus compañeros de juegos... Todo eso puede desaparecer de la memoria sin dejar rastro. Pero a menudo verán que ocurre todo lo contrario con las primeras oraciones. A menudo son capaces de decir dónde se arrodillaban, lo que les enseñaban a decir e incluso el aspecto de su madre en esos momentos. Lo recuerdan como si fuera ayer.

Lectores, si aman a sus hijos, les suplico que no dejen pasar el tiempo de sembrar el hábito de la oración sin progresar. Si les enseñan algo a sus hijos, lo mínimo es el hábito de la oración.

3.7 - Acostúmbrenlos al celo y a la regularidad en la participación a las reuniones cristianas

Háblenles del deber y el privilegio de unirse a las oraciones de la asamblea cristiana. Díganles que dondequiera que se reúnen los hijos de Dios, el Señor Jesús está presente de una manera especial, y que los que faltan deben esperar, como el apóstol Tomás, perder una bendición. Díganles la importancia de escuchar la predicación de la Palabra y su papel para convertir, santificar y edificar las almas. Díganles cómo el apóstol Pablo nos exhorta a no «dejar de congregarnos como algunos acostumbran» (Hebr. 10:25), sino a exhortarnos unos a otros y animarnos a no faltar, sobre todo cuando vemos que se acerca el día.

Ya es malo, en una asamblea o iglesia, que los que participan en la Mesa del Señor sean solo personas mayores, y que los jóvenes se alejen de ella. Pero es aún peor cuando no se ve a ningún niño en las reuniones, excepto los que vienen a la escuela dominical y están obligados a participar. Que ninguna de estas faltas pese sobre vuestra casa. Ustedes, que son sus padres y amigos, deben velar por que los acompañen.

No dejen que crezcan con la costumbre de poner excusas vanas para no asistir a las reuniones. Háganles comprender claramente que, mientras vivan bajo vuestro techo, la regla de la casa, para todos los que estén en buena salud, es honrar el día del Señor.

Algunos dicen que es inútil insistir en que los niños vayan a las reuniones porque no pueden entender. No quisiera que ustedes escuchen tales palabras. No veo tales doctrinas en el Antiguo Testamento. Cuando Moisés se presentó ante Faraón (Éx. 10:9), dijo: «Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas... porque es nuestra fiesta solemne para Jehová». Cuando Josué leyó la Ley (Josué 8:35), se dice: «No hubo palabra alguna de todo cuanto mandó Moisés, que Josué no hiciese leer delante de toda la congregación de Israel, y de las mujeres, de los niños, y de los extranjeros que moraban entre ellos». Éxodo 34:23 dice: «Tres veces en el año se presentará todo varón tuyo delante de Jehová el Señor, Dios de Israel». Y cuando llego al Nuevo Testamento, encuentro que los niños son mencionados como participantes en los actos religiosos públicos, al igual que en el Antiguo Testamento. Cuando Pablo se despidió por última vez de los discípulos en Tiro, se dice: «Nos acompañaban todos ellos, con sus mujeres e hijos, hasta fuera de la ciudad; y puestos de rodillas en la orilla de la playa, oramos» (Hec. 21:5).

Samuel, en su infancia, parece haber servido a Jehová durante algún tiempo antes de conocerlo realmente. «Samuel no había conocido aún a Jehová, ni la palabra de Jehová le había sido revelada» (1 Sam. 3:7). Hubo un tiempo en que los propios apóstoles no parecían comprender todo lo que decía el Señor: «Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas de él» (Juan 12:16).

Padres, reconforten sus pensamientos con estos ejemplos. No se desanimen porque sus hijos no vean ahora todo su valor. Solo acostúmbrenlos a asistir regularmente a las reuniones e, incúlquenles que es un deber elevado, santo y solemne, y llegará el día en que os bendecirán por haberlo hecho.

3.8 - Edúquenlos en los hábitos de la fe

Con esto quiero decir que deben educarlos para que crean lo que ustedes dicen. Deben tratar de hacerles sentir confianza en su juicio y respeto por sus opiniones como mejores que las de ellos. Deben acostumbrarlos a pensar que, cuando dicen que algo es malo para ellos, debe ser realmente malo, y cuando dicen que es bueno para ellos, debe ser realmente bueno; en resumen, que el conocimiento de ustedes es mejor que el suyo y, por lo tanto, que pueden confiar en vuestra palabra. Enséñenles a sentir que lo que no saben ahora, probablemente lo sabrán más adelante, y que se sientan satisfechos sabiendo que hay una razón y una necesidad para todo lo que ustedes piden que hagan.

De hecho, ¿quién puede describir la felicidad de un verdadero espíritu de fe? O, mejor dicho, ¿quién puede expresar la miseria que la incredulidad ha derramado sobre el mundo? La incredulidad llevó a Eva a comer el fruto prohibido. Dudó de la verdad de la Palabra de Dios: «Ciertamente morirás» (Gén. 2:17). La incredulidad hizo que el mundo antiguo rechazara la advertencia de Noé y pereciera en el pecado. La incredulidad mantuvo a Israel en el desierto; fue la incredulidad la que les impidió entrar en la tierra prometida. La incredulidad llevó a los judíos a crucificar al Señor de gloria; no creyeron en la voz de Moisés y de los profetas que les era leída cada día. Y la incredulidad es el pecado que domina el corazón del hombre hasta ahora: incredulidad hacia las promesas de Dios, incredulidad hacia las amenazas de Dios, incredulidad hacia nuestra condición de pecadores, incredulidad ante los peligros que nos acechan, incredulidad en todo lo que va en contra del orgullo y la mundanidad de nuestros corazones malvados. Queridos lectores, de poco sirve educar a sus hijos si no los educan en el hábito de tener fe desde el primer momento: fe en

la palabra de sus padres, confianza en que lo que sus padres dicen debe ser justo.

Algunos querrían que no se exigiera nada a los niños que no pudieran comprender, y que se les explicara y diera una razón para todo lo que se les pide que hagan. Les advierto solemnemente contra tal idea. Se lo digo claramente, creo que es un principio malsano y podrido. Sin duda, es absurdo hacer un misterio de todo lo que hacen, y hay muchas cosas que es bueno explicar a los niños para que puedan ver que son razonables y sensatas. Pero criarlos con la idea de que no deben confiar en nada, que a pesar de su inteligencia débil e imperfecta deben saber claramente el porqué y el cómo de cada paso que dan, es un error terrible que probablemente tendrá los peores efectos en sus mentes.

Razonen con sus hijos en determinadas circunstancias, si están dispuestos a ello; pero nunca olviden (si realmente los quieren) hacerles comprender que, al fin y al cabo, no son más que niños, que piensan como niños, que comprenden como niños y que no deben esperar conocer inmediatamente la razón de todo. Pónganles ante sus ojos el ejemplo de Isaac el día en que Abraham lo llevó para ofrecerlo en sacrificio en el monte Moria (*Gén. 22*). Solo le hizo una pregunta a su padre: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?», y la única respuesta que obtuvo fue: «Dios se proveerá el cordero» (v. 7-8). Cómo, dónde, de dónde, de qué manera, por qué medios... nada de eso se le dijo a Isaac, pero la respuesta dada fue suficiente. Él creyó que era así porque su padre lo había dicho, y se contentó con eso. Digan también a sus hijos que todos debemos empezar por ser alumnos, que en todos los campos del conocimiento hay un alfabeto que hay que dominar, que el mejor caballo del mundo necesita algún día que se le domine, y que llegará el día en que el niño verá la sabiduría de su educación. Pero mientras tanto, si les dicen que algo es correcto, eso debe ser suficiente para ellos; deben creerles y estar contentos.

Padres, si hay algo importante en la educación, es precisamente esto. Les suplico, por el amor que sienten por sus hijos, que utilicen todos los medios a su alcance para educarlos en la fe.

3.9 - Acostúmbrenlos a la obediencia

Este es un objetivo que merece todos los esfuerzos posibles. Creo que ninguna costumbre tiene en nuestras vidas una influencia semejante a esta. Padres, decídanse a hacer que vuestros hijos les obedezcan, aunque les cueste muchos problemas y les cueste muchos llantos. Que no haya preguntas, razonamientos, protestas, aplaza-

mientos, réplicas. Cuando les den una orden, hángales ver claramente que quieren que se cumpla.

La obediencia es la única realidad. Es la fe visible, la fe activa y la fe encarnada. Es lo que pone a prueba la verdadera calidad de discípulo entre los hijos de Dios. «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que os mando» (Juan 15:14). La obediencia debería ser la marca de los hijos bien educados que hacen todo lo que sus padres les mandan. ¿Dónde está, en efecto, el honor que exige el quinto mandamiento, si los padres y las madres no reciben una obediencia de buen corazón, de buena gana y de inmediato?

Toda la Escritura está a favor de la obediencia desde muy temprana edad. Abraham fue alabado, no solo porque iba a educar a su familia, sino porque «mandará a sus hijos y a su casa después de él» (Gén. 18:19). Se dice del mismo Señor Jesucristo que, siendo joven, estaba sujeto a María y a José (Lucas 2:51).

Observen cuánto obedeció José sin reservas la orden de su padre Jacob (Gén. 37:13). Veán cómo Isaías habla como de algo malo cuando «el joven se levantará contra el anciano» (Is. 3:5). Fíjense en cómo el apóstol Pablo menciona la desobediencia a los padres como uno de los signos tristes de los últimos días (2 Tim. 3:2). Observen cómo señala esta gracia de exigir obediencia como algo que debe adornar el ministerio cristiano: «que gobierne bien su propia casa, teniendo a sus hijos en sumisión, con toda respetabilidad»; y aún más: «Los diáconos sean maridos de una sola mujer, que dirijan bien sus hijos y sus propias casas» (1 Tim. 3:4, 12). Y, además, un anciano debe ser alguien «con hijos creyentes, no acusados de libertinaje o insumisión» (Tito 1:6).

Padres, ¿quieren ver felices a sus hijos? Entonces, procuren educarlos para que obedezcan cuando se les habla y hagan lo que se les manda. Créanme, no estamos hechos para vivir independientes. Incluso los hombres libres en Cristo tienen un yugo que llevar: «A Cristo el Señor servís» (Col. 3:24). Los niños no pueden aprender demasiado pronto que en este mundo en el que vivimos no estamos destinados a gobernar y que nunca estamos mejor en nuestro verdadero lugar que cuando sabemos obedecer a nuestros superiores. Enséñenles a obedecer mientras son jóvenes, o se amargarán contra Dios toda su vida y se agotarán con la vana idea de ser independientes de Su control.

Queridos lectores, este consejo es muy necesario. Hoy en día, muchas personas dejan que sus hijos elijan y piensen por sí mismos mucho antes de que sean capaces de hacerlo, e incluso excusan su desobediencia, como si no fuera culpa suya. A mis

ojos, un padre que siempre cede y un hijo que siempre elige su propio camino es una visión muy dolorosa; dolorosa porque veo que el orden establecido por Dios se invierte, y porque siento con certeza que la consecuencia será que el carácter final del niño será la voluntad propia, el orgullo y la arrogancia. No se sorprendan de que los hombres se niegan a obedecer a su Padre que está en los cielos si ustedes les permiten, cuando son niños, desobedecer a su padre que está en la tierra.

Padres, si aman a sus hijos, que la obediencia sea un lema y una consigna continuamente ante sus ojos.

3.10 - Acostúmbrenlos a decir siempre la verdad

Decir la verdad es mucho menos común en el mundo de lo que estamos dispuestos a pensar a primera vista. Toda la verdad, y nada más que la verdad, es la regla de oro que muchos harían bien en tener presente. La mentira y la prevaricación (incumplimiento de las obligaciones) son pecados antiguos. El diablo es el padre de ambos; engañó a Eva con una mentira descarada y, desde la caída, sigue siendo un pecado contra el que los hijos de Eva deben estar en guardia.

¡Piensen solo en cuántas falsedades y engaños hay en el mundo! ¡Cuántas exageraciones! ¡Cuántas cosas se añaden a un simple relato! ¡Cuántas cosas se omiten cuando decirlas no conviene a quien habla! ¡Cuán pocos son, a nuestro alrededor, aquellos de quienes podemos decir que confiamos sin dudar en lo que dicen! ¡Qué terrible prueba de la naturaleza pecaminosa del hombre que sea necesario mencionar este punto!

Queridos lectores, me gustaría que notaran cuánto se habla en el Antiguo Testamento de Dios como el Dios de la verdad. Esto parece destacarse especialmente como un aspecto preponderante del carácter de Aquel con quien tenemos que ver. Él nunca se desvía del camino recto. Aborrece la mentira y la hipocresía. Traten de que sus hijos tengan esto siempre presente. Insístanles en todo momento que “menos que la verdad” es una mentira. Ser evasivo, poner excusas y exagerar son a medio camino de lo que es falso y deben evitarse. Animémoslos en todas las circunstancias a ser rectos y a decir la verdad, cueste lo que cueste.

Insisto en este tema no solo por el bien del carácter de sus hijos en el mundo, aunque podría extenderme mucho al respecto. Insisto más bien para reconfortales y ayudarles en todas sus relaciones con ellos. Encontrarán que es una gran ayuda poder confiar siempre en lo que dicen. Esto contribuye a prevenir el hábito de ocultar

cosas, que lamentablemente prevalece a veces entre los niños. La franqueza y la rectitud dependen en gran medida de la forma en que los padres hayan tratado estos temas durante la infancia de sus hijos.

3.11 - Acostúmbrenlos a aprovechar siempre el tiempo

La ociosidad es la mejor amiga del diablo. Es la forma más segura de darle una oportunidad para hacernos daño. Una mente ociosa es como una puerta abierta, y si Satanás no entra por ella, sin duda puede introducir a través de ella algo que suscite malos pensamientos en nuestras almas.

Ninguna criatura está destinada a ser ociosa. El servicio y el trabajo son la parte que le corresponde a toda criatura de Dios. Los ángeles en el cielo trabajan; son espíritus administradores del Señor para hacer Su voluntad. Adán, en el Paraíso, tenía trabajo; estaba encargado de cultivar el jardín del Edén y de guardarlo. Los santos redimidos en la gloria tendrán la tarea de cantar las alabanzas y la gloria de Aquel que los compró. Y el hombre, débil y pecador, debe tener algo que hacer en la tierra, de lo contrario su alma pronto caerá en un estado malsano. Debemos tener las manos ocupadas y la mente ocupada en algo, de lo contrario nuestra imaginación pronto comenzará a fermentar y a causar estragos.

Ahora bien, lo que es cierto para nosotros, también lo es para nuestros hijos. ¡Ay del hombre que no tiene nada que hacer! Los judíos consideraban la ociosidad como un pecado positivo; era una ley entre ellos que todo hombre debía educar a su hijo en algún oficio útil. Tenían razón; conocían el corazón del hombre mejor que muchos de nosotros.

La ociosidad hizo de Sodoma lo que fue. «He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad» (Ez. 16:49). La ociosidad tuvo mucho que ver en el terrible pecado de David con la mujer de Urías. 2 Samuel 11 nos dice que Joab había salido a la guerra contra los hijos de Amón, «pero David se quedó en Jerusalén» (v. 1). ¿No era eso ociosidad? Fue entonces cuando vio a Betsabé, y el siguiente paso fue su terrible y miserable caída.

En verdad creo que la ociosidad ha llevado al pecado más que la mayoría de los otros hábitos que se pueden nombrar. Siento que es la madre de muchas de las obras de la carne; la madre del adulterio, de la fornicación, de la embriaguez y de muchas otras obras de las tinieblas que no tengo tiempo de nombrar. Reflexionen en conciencia si lo que digo no es verdad. Si son ociosos, inmediatamente el diablo llama a la puerta

para entrar.

No es de extrañar que todas las cosas que nos rodean en el mundo parezcan enseñar la misma lección. Son las aguas estancadas las que se vuelven impuras; las aguas turbulentas siempre son claras. Si tienen una máquina de vapor, deben hacerla funcionar, de lo contrario se estropeará rápidamente. Si tienen un caballo, hay que ejercitarlo, y nunca está tan bien como cuando tiene un trabajo regular. Si quieren tener buena salud física, hay que hacer ejercicio. Si se queda sentado sin moverse, su cuerpo seguramente se rebelará con el tiempo. Y lo mismo ocurre con el alma. Una mente activa es un objetivo difícil de alcanzar para el diablo. Intenta estar siempre ocupado de forma útil y tu enemigo tendrá dificultades para encontrar un lugar donde sembrar la cizaña. Queridos lectores, les ruego que hagan sentir estas cosas a sus hijos para que reflexionen sobre ellas. Enséñenles el valor del tiempo e intente inculcarles el hábito de aprovecharlo bien. Me duele ver a los niños sin hacer nada de lo que tienen entre manos. Me gusta verlos activos y trabajadores, poniendo todo su corazón en lo que hacen, ya sean sus lecciones cuando es hora de aprender, o sus diversiones cuando es hora de jugar.

Si los aman, hagan que la ociosidad sea considerada un pecado en vuestra familia.

3.12 - Edúquenlos temiendo constantemente ser demasiado indulgentes

Este es el punto más importante sobre el que deben estar alerta. Es natural ser tierno y afectuoso con lo que es su carne y su sangre; pero es precisamente el exceso de esta ternura y este afecto lo que hay que temer. Tengan cuidado de que esto no les ciegue ante las faltas de sus hijos y les haga sordos a todos los consejos que se os dan. Tengan cuidado de no cerrar los ojos ante una mala conducta para evitar el dolor de imponer un castigo o una corrección.

Sé bien que el castigo y la corrección son cosas desagradables. No hay nada más desagradable que causar dolor a los que se ama y hacerles llorar. Pero mientras los corazones sean lo que son, es vano, por regla general, suponer que los hijos pueden ser educados sin corrección.

Mimar es una palabra muy expresiva y, por desgracia, muy significativa. Ahora bien, la forma más directa de mimar a los niños es dejarlos seguir su propio camino, permitirles actuar mal y no castigarlos por ello. A menos que quieran arruinar el alma de sus hijos, eso es precisamente lo que no deben hacer, por mucho que les

cueste.

No se puede decir que las Escrituras sean mudas sobre este tema: «El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige» (Prov. 13:24). «Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza» (Prov. 19:18). «La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él» (Prov. 22:15). «No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara, no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol» (Prov. 23:13-14). «La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre». «Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma» (Prov. 29:15, 17).

¡Cuán fuertes y enérgicos son estos textos! ¡Qué tristeza que parezcan casi desconocidos en muchas familias cristianas! Los niños necesitan repreensión, pero apenas se les da; necesitan corrección, pero apenas se les aplica. Y, sin embargo, este libro de Proverbios no es ni obsoleto ni inadecuado para los cristianos. Está inspirado por Dios y es provechoso. Nos ha sido dado para nuestra instrucción, tanto como las Epístolas a los Romanos o a los Efesios. Sin duda, el creyente que cría a sus hijos sin prestar atención a sus consejos se cree más sabio que lo que está escrito, y está muy equivocado.

Padres y madres, lo digo claramente: si nunca castigan a sus hijos cuando se equivocan, les hacen un gran daño. Les advierto que este es el escollo en el que, desde siempre, los santos de Dios han naufragado con demasiada frecuencia. Me alegraría mucho convencerles de que sean sabios a tiempo y se guarden de ello. Miren el caso de Elí. Sus hijos Ofni y Fineas se comportaban de manera vil y él no los reprendió. No les dio más que una reprimenda tibia e insignificante, cuando deberían haber sido severamente reprendidos. En resumen, honró a sus hijos más que a Dios. ¿Y cuál fue el resultado? Vivió para oír anunciar la muerte de sus 2 hijos en la guerra, llevando sus canas con dolor a la tumba (1 Sam. 2:22-29; 3:13; Gén. 42:38; 44:31).

Miren también el caso de David. ¡Qué historia tan dolorosa la de sus hijos y sus pecados! El incesto de Amnón, el asesinato de Absalón y su rebelión orgullosa, las intrigas ambiciosas de Adonías. Sufrir tales casos en su propia casa, qué heridas tan amargas para un hombre según el corazón de Dios. ¿No había ninguna culpa por su parte? No hay duda al respecto. Encontramos un indicio de ello en el relato de Adonías en 1 Reyes 1:6: «Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?». Ahí está la base de todos los extravíos. David fue un padre demasiado indulgente, un padre que dejaba a sus hijos seguir su propio

camino; y cosechó lo que sembró.

Padres, les suplico, por el amor de vuestros hijos, guárdense de ser demasiado indulgentes. Su primer deber es pensar en sus intereses reales, y no en satisfacer sus caprichos y complacer sus inclinaciones; tienen que “criarlos”, no doblegaros ante ellos; actuar en su beneficio, no complacerlos.

No deben dar rienda suelta a los deseos y caprichos que pasan por la cabeza de sus hijos, aunque los amen mucho. No deben dejarles suponer que su voluntad lo es todo y que basta con desear algo para tenerlo. Les ruego que no idolatren a sus hijos, no sea que Dios se los lleve y rompa su ídolo, precisamente para convencerles de su locura.

Aprendan a decir «no» a vuestros hijos. Muéstrenles que son capaces de rechazar todo lo que consideran que no es bueno para ellos. Muéstrenles que están dispuestos a castigar la desobediencia y que, cuando hablan de castigo, no es una amenaza en vano, sino que están dispuestos a llevarlo a cabo. No amenacen demasiado. Las personas amenazadas siguen viviendo como si nada, las faltas que solo se amenazan se ignoran. Castigue raramente, pero con eficacia y a buen recaudo. Los castigos frecuentes y leves son un mal sistema.

Tenga cuidado de que las pequeñas faltas no pasen desapercibidas, pensando “es solo una tontería”. No hay cosas pequeñas en la educación de los niños; todo es importante. Las malas hierbas pequeñas hay que arrancarlas tanto como las demás. Si las dejan, pronto crecerán. Queridos lectores, si hay algún punto que merezca su atención, es este. Les causará problemas, lo sé. Pero si no aceptan esta inquietud con sus hijos cuando son pequeños, ellos les causarán inquietud cuando sean mayores. Elijan lo que prefieran.

3.13 - Recuérdenles continuamente cómo Dios educa a sus hijos

La Biblia nos dice que Dios tiene un pueblo elegido, una familia en este mundo. Todos los pobres pecadores que han sido convencidos de pecado y han huido a Jesús para tener paz, forman esta familia. Todos los que creemos verdaderamente en Cristo para la salvación, somos miembros de esta familia. Ahora bien, Dios Padre está siempre educando a los miembros de esta familia para su estancia eterna con él en el cielo. Él actúa como un viñador que poda sus viñas para que den más fruto. Él conoce el carácter de cada uno de nosotros: nuestros vicios, nuestras debilidades, nuestras enfermedades particulares, nuestras carencias especiales. Él conoce nues-

tras obras y dónde vivimos, quiénes son nuestros compañeros de vida y cuáles son nuestras pruebas, nuestras tentaciones y nuestros privilegios. Él sabe todas estas cosas y las dispone todas para nuestro bien. En su providencia, envía a cada uno de nosotros exactamente lo que necesitamos para dar el máximo fruto: Él sabe la cantidad de luz solar que podemos soportar, la cantidad de lluvia y de cosas amargas y dulces que necesitamos. Queridos lectores, si quieren criar a sus hijos con sabiduría, observen bien cómo educa Dios Padre a los suyos. Él hace todas las cosas bien; el plan que adopta es necesariamente bueno.

Miren todas las cosas que Dios no da a sus hijos. Pocos son los que nunca han tenido deseos que Dios haya tenido que negarles. A menudo hemos querido adquirir algo o hemos querido llegar a algo, y siempre ha habido algún obstáculo que nos lo ha impedido. Es como si Dios pusiera esa cosa fuera de nuestro alcance y dijera: “Esto no es bueno para ti; no lo necesitas”. Moisés deseaba ardientemente cruzar el Jordán y ver la buena tierra prometida, pero su deseo nunca se le concedió.

Vean también cómo a menudo Dios guía a los suyos por caminos que nos parecen oscuros y misteriosos. No podemos ver el sentido de todo lo que él hace por nosotros; no podemos ver las razones del camino que nuestros pies recorren. A veces nos asaltan tantas pruebas, nos rodean tantas dificultades, que no somos capaces de descubrir su porqué. Es como si nuestro Padre nos tomara de la mano en un lugar oscuro y nos dijera: “No preguntes, sígueme”. Había un camino directo de Egipto a Canaán, pero Israel no fue conducido por él, sino que se desvió por el desierto. Esto parece duro cuando lo vivimos: «Para que no se arrepienta el pueblo», se nos dice, «se desanimó el pueblo por el camino» (Éx. 13:17; Núm. 21:4).

Vean también cuánto castiga Dios a menudo a los suyos con pruebas y aflicciones. Les envía cruces y decepciones; los derriba con enfermedades; los despoja de sus bienes y de sus amigos; los cambia de una posición a otra; los visita con cosas muy dolorosas para la carne y la sangre. Y algunos de nosotros hemos flaqueado mucho bajo las cargas que nos abrumaban. Nos sentimos presionados más allá de nuestras fuerzas, y casi murmuramos contra la mano que nos castigaba. Pablo, el apóstol, tenía una espina en la carne que le había sido dada, sin duda alguna una prueba corporal amarga, aunque no sabemos exactamente qué era. Pero sabemos esto: él suplicó 3 veces al Señor que se la quitara y, sin embargo, nunca le fue quitada (2 Cor. 12:8-9).

Ahora, queridos lectores, a pesar de todas estas cosas, ¿han oído hablar alguna vez de un solo hijo de Dios que pensara que su Padre no lo trataba con sabiduría? No,

estoy seguro de que nunca lo han oído. Los hijos de Dios siempre le dirían que, a la larga, fue una bendición no haber seguido su propio camino, y que Dios hizo por ellos mucho mejor de lo que ellos hubieran podido hacer. ¡Sí! Y también podrían decirle que las obras de Dios les han proporcionado más felicidad de la que jamás hubieran obtenido por sí mismos, y que Sus caminos, aunque a veces oscuros, son caminos agradables y sendas de paz ([Prov. 3:17](#)).

Les pido que tomen en serio la lección que los caminos de Dios hacia los suyos quieren enseñarles. No teman alejar de sus hijos todo lo que consideren perjudicial para ellos, sean cuales sean sus deseos personales. Así es como actúa Dios. No duden en ordenarles lo que ellos no ven sabio por el momento, y guíenlos por caminos que no comprenden. Así es el plan de Dios.

No se abstengan de castigarles y corregirles cada vez que vean que la salud de su alma lo requiere, aunque sea doloroso para sus propios sentimientos; y recuerden que los remedios para el espíritu no deben rechazarse por ser amargos. El plan de Dios es así.

Y, sobre todo, no teman que tal plan de educación haga infeliz a su hijo. Les advierto contra esta ilusión. Seguir esta idea es el camino seguro que conduce a la infelicidad, es seguir siempre el propio camino. Tener nuestra voluntad refrenada y rechazada es una bendición para nosotros; nos hace apreciar los motivos de gozo cuando llegan. Ser objeto de tolerancia perpetua es el medio para volverse egoísta; y las personas egoístas y los niños mimados rara vez son felices.

Queridos lectores, no sean más sabio que Dios; críen a sus hijos como Él cría a los suyos.

3.14 - Críenlos pensando continuamente en la influencia del ejemplo que les dan

La instrucción, los consejos y los mandamientos no serán muy provechosos si no están respaldados por el ejemplo de su propia vida. Sus hijos nunca creerán que ustedes hablan en serio y que realmente desean que les obedezcan mientras sus acciones contradigan sus consejos. Un sabio arzobispo dijo: “Dar a vuestros hijos una buena instrucción y un mal ejemplo es señalarles con la cabeza el camino al cielo y, al mismo tiempo, tomarles de la mano para llevarlos por el camino de la Gehena”.

No somos muy conscientes de la fuerza y el poder del ejemplo. Nadie puede vivir en completo aislamiento en este mundo; siempre estamos influyendo de una forma u otra en quienes nos rodean, ya sea para bien o para mal, para Dios o para el pecado. Observen nuestros caminos, notan nuestra conducta, ven nuestro comportamiento; entonces, lo que ven que practicamos, suponen con razón que lo consideramos correcto. Creo que el ejemplo nunca es tan poderoso como en el caso de las relaciones entre padres e hijos.

Padres y madres, no olviden que los niños aprenden más con los ojos que con los oídos. Ninguna escuela marcará tan profundamente su carácter como el hogar. Los mejores maestros no dejarán tanta huella en sus mentes como lo que aprenden a vuestro lado en casa. En los niños, la imitación es un principio mucho más fuerte que la memoria. Lo que ven tiene un efecto mucho más fuerte en sus pensamientos que lo que se les dice.

Presten atención a lo que hacen delante de un niño. Hay un dicho que dice: “El que peca delante de un niño, peca doblemente”. Esfuércense más bien por ser una carta viva de Cristo, legible para los miembros de su familia, y legible con claridad. Sean un ejemplo de reverencia hacia la Palabra de Dios, de reverencia en la oración, de reverencia hacia el día del Señor. Sean un ejemplo en sus palabras, en su temperamento, en su celo, en su templanza, en su fe, en su amor, en su amabilidad, en su humildad. No piensen que sus hijos practicarán lo que no les ven hacer. Ustedes son su modelo y ellos copiarán lo que ustedes son. Sus razonamientos y sus palabras, sus mandamientos sabios y sus buenos consejos, puede que no los comprendan, pero pueden comprender vuestra vida.

Los niños son observadores rápidos; perciben muy pronto ciertos tipos de hipocresía; discernen muy pronto lo que ustedes piensan en realidad y lo que sienten; son rápidos en adoptar sus modales y sus opiniones. De tal palo, tal astilla: es algo que se ve a menudo.

Recuerden las palabras que César solía decir a sus soldados en las batallas: no decía “adelante”, sino “venid”. Así debe ser para vosotros en la educación de sus hijos. Rara vez aprenderán los hábitos que ven que ustedes desprecian, o los caminos por los que no andan. Quien predica a sus hijos lo que no practica, hace un trabajo que nunca avanza. Los padres que tratan de educar sin dar buen ejemplo construyen con una mano y destruyen con la otra.

3.15 - Edúquenlos en el recuerdo continuo de que tienen una naturaleza pecaminosa

Mencione brevemente este punto para no esperar nada más que lo que anuncia la Escritura. No esperen que los pensamientos de sus hijos sean como una hoja de papel en blanco, ni que nunca les suceda nada malo si solo utilizan medios justos. Sean conscientes de que no es así. Es realmente doloroso ver tanta corrupción y tanto mal en el corazón de los niños pequeños, y cuán pronto da fruto. Los accesos de ira, la obstinación, el orgullo, la envidia, el mal humor, la pasión, la pereza, el egoísmo, el engaño, la astucia, la falsedad, la hipocresía, una terrible aptitud para aprender lo malo, una penosa lentitud para aprender lo bueno, la facilidad para pretender cualquier cosa con tal de salirse con la suya... Deben esperar ver estas cosas, al menos en parte, en aquellos que son carne de vuestra carne y sangre de vuestra sangre. Surgirán poco a poco desde muy temprana edad; les sorprenderá ver cómo estas cosas aparecen de forma casi natural. Los niños no necesitan la escuela para aprender a pecar.

Sin embargo, no hay que desanimarse ni abatirse por lo que se manifiesta. No piensen que es extraño y extraordinario que esos pequeños corazones estén tan llenos de pecado. Es simplemente la herencia que nos dejó nuestro padre Adán, una herencia que nos pertenece a todos; es la naturaleza caída con la que entramos en este mundo. Que esto les haga más diligentes en utilizar todos los medios que les parezcan mejores para combatir el mal, con la gracia de Dios. Que les haga cada vez más cuidadosos, en la medida en que dependa de ustedes, para mantener a sus hijos alejados de los caminos de la tentación.

No escuchen nunca a quienes les dicen que sus hijos son buenos y están bien educados y que se puede confiar en ellos. Piensen más bien que sus corazones son inflamables como cerillas. En el mejor de los casos, solo falta una chispa para que brote la corrupción. Los padres rara vez toman suficientes precauciones. Recuerden la corrupción original y natural de sus hijos y estén atentos.

3.16 - Eduquen a sus hijos en el recuerdo continuo de las promesas de las Escrituras

Cito esto también brevemente, para advertir contra el desánimo. Tienen una promesa clara a su favor: «Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no

se apartará de él» (**Prov. 22:6**). Piensen en el privilegio de tener una promesa así. Las promesas eran la única luz de esperanza que calentaba los corazones de los patriarcas antes de que se escribiera la Biblia. Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y José vivieron todos de unas pocas promesas y prosperaron en sus almas. Las promesas son elixires que, desde siempre, han sostenido y fortalecido a los creyentes. Quien tiene un texto claro como apoyo nunca tiene motivos para desanimarse. Padres y madres, cuando sus corazones desfallezcan y estén a punto de rendirse, releen esta palabra de Proverbios y anímense.

Piensen en Aquel que promete. No es la palabra de un hombre que puede mentir o arrepentirse; es la Palabra del Señor, que nunca cambia. ¿Acaso él ha dicho y no hará? ¿Ha hablado y no lo cumplirá? (**Núm. 23:19**). Nada es demasiado difícil para él (**Gén. 18:14; Job 42:2; Jer. 32:17, 27**). Las cosas que son imposibles para los hombres son posibles para Dios. Queridos lectores, si no sacamos provecho de la promesa en la que insistimos, la culpa es nuestra y no de él.

Piensen también en lo que contiene la promesa antes de negarse a sacar de ella un estímulo. Habla de un tiempo determinado en el que una buena educación dará sus frutos: «Cuando fuere viejo». Sin duda, hay consuelo en ello. Puede que no vean con sus propios ojos el resultado de una educación esmerada, pero no sabe qué frutos benditos podrán brotar mucho después de que ustedes hayan muerto y desaparecido. La manera de actuar de Dios no es dar todo de inmediato.

- «Después» es el momento que él elige a menudo para actuar, tanto en las cosas de la naturaleza como en las cosas de la gracia.
- «Más tarde» es el momento en que la aflicción produce el fruto apacible de la justicia (**Hebr. 12:11**).
- «Después» es el momento en que el hijo que se había negado a trabajar en la viña de su padre se arrepintió y fue (**Mat. 21:29**).
- «Más tarde» es el tiempo al que deben mirar los padres si no ven el éxito de inmediato. Debemos sembrar con esperanza y plantar con esperanza.

«Echa tu pan sobre las aguas», dice el Espíritu, «porque después de muchos días lo hallarás» (**Ecl. 11:1**). No dudo que muchos hijos se levantarán y bendecirán a sus padres por la buena educación recibida, aunque nunca hayan dado señales de haberla aprovechado durante la vida de sus padres. Sigán adelante con fe, y estén seguros de que su trabajo no será en vano. Elías se inclinó 3 veces sobre el hijo de la viuda antes de que reviviera (**1 Reyes 17:21**). Sigán su ejemplo y perseveren.

3.17 - Por último, críenlos orando continuamente para que todo lo que hagan sea bendecido

Sin la bendición del Señor, sus mejores esfuerzos no producirán ningún bien. Él tiene los corazones de todos los hombres en su mano; a menos que él toque los corazones de sus hijos con su Espíritu, ustedes se cansarán en vano. Por tanto, rieguen con oraciones incesantes la semilla que siembran en sus mentes. El deseo del Señor de escuchar nuestras oraciones es mucho más fuerte que nuestro deseo de orar; él está mucho más dispuesto a dar las bendiciones que nosotros a pedir las, pero le gusta que se las imploremos. Pongo ante ustedes esta cuestión de la oración como la coronación y el sello de todo lo que hacen. Sospecho que el hijo de muchas oraciones rara vez es rechazado.

Consideren a sus hijos como Jacob consideraba a los suyos; él le dijo a Esaú: «Son los niños que Dios ha dado a tu siervo» (*Gén. 33:5*). Consideren igualmente a José cuando le dijo a su padre: «Son mis hijos, que Dios me ha dado aquí» (*Gén. 48:9*). Cuenten los hijos como el salmista: «Herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima» (*Sal. 127:3*). Y pidan al Señor, con santa audacia, que sea misericordioso y clemente con aquellos que son sus dones. Fíjense en cómo Abraham intercede por Ismael porque lo amaba: «Ojalá Ismael viva delante de ti» (*Gén. 17:18*). Miren cómo Manoa le habla al ángel acerca de Sansón: «¿Cómo debe ser la manera de vivir del niño, y qué debemos hacer con él?» (*Jueces 13:12*). Observen con qué ternura Job cuidaba el alma de sus hijos: «Acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job... se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días» (*Job 1:5*). Padres, si aman a sus hijos, vayan y hagan lo mismo. Nunca mencionarán sus nombres demasiadas veces ante el trono de la gracia.

Y ahora, queridos lectores, para concluir, permítanme insistirles una vez más, si quieren criar a sus hijos para el cielo, sobre la necesidad y la importancia de utilizar todos los medios a su alcance.

Sé muy bien que Dios es soberano y que Dios hace todas las cosas según el consejo de su voluntad. Sé que Roboam era hijo de Salomón, y Manasés hijo de Ezequías, y que los padres piadosos no siempre tienen descendientes piadosos. Pero también sé que Dios es un Dios que obra por medios, y estoy seguro de que tomar a la ligera los medios que he mencionado hará poco probable que vuestros hijos salgan bien.

Si no hay una educación permanente en el hogar, tengo motivos para temer que el alma de sus hijos acabará mal. El hogar es el lugar donde se forman los hábitos; el hogar es el lugar donde se sientan las bases del carácter; el hogar da una orientación previa a nuestros gustos, a lo que nos gusta y a nuestras opiniones. Velen, les ruego, por que haya una educación cuidadosa en casa.

Padres y madres, les conjuro solemnemente ante Dios y el Señor Jesucristo, que se tomen todas las molestias para criar a sus hijos en el camino que deben seguir. No os lo suplico solo por amor al alma de vuestros hijos; os lo suplico por vuestro propio consuelo y vuestra paz futura. En verdad, os conviene actuar así. En verdad, su propia felicidad depende en gran medida de ello. Los hijos siempre han sido el arco que ha disparado las flechas más afiladas que han traspasado el corazón del hombre.

Los niños han mezclado las copas más amargas que el hombre ha tenido que beber jamás. Los niños han sido la causa de las lágrimas más tristes que el hombre ha derramado jamás. Adán podría decíroslo; Jacob podría decíroslo; David podría decíroslo. No hay dolores en la tierra como los que los hijos han causado a sus padres. Oh, tenedlo en cuenta, no sea que vuestra propia negligencia les abrume de miseria en su vejez. Ténganlo en cuenta, no sea que lloren bajo los malos tratos de hijos ingratos en los días en que sus ojos se oscurezcan y sus fuerzas naturales decaigan.

Si alguna vez desean que vuestros hijos sean bendiciones y no maldiciones, que sean alegrías y no tristezas, Judá y no Rubén, Rut y no Orfa; si no quieren, como Noé, avergonzarles de sus acciones, ni, como Rebeca, cansarse de la vida por causa de ellos; si todo esto es su deseo, recuerden a tiempo mi consejo: edúquenlos en el buen camino mientras son jóvenes.

Por mi parte, concluiré elevando mi oración a Dios por todos los que lean estas líneas: que Dios les enseñe a sentir el valor de su alma. Esta es una de las razones por las que el bautismo es con demasiada frecuencia una simple formalidad y la educación cristiana es despreciada y rechazada. Con demasiada frecuencia, los padres no sienten las cosas por sí mismos y, por lo tanto, no las sienten por sus hijos. No se dan cuenta de la inmensa diferencia entre la vieja naturaleza y la nueva, y por eso se contentan con dejar a los niños a su suerte.

Que el Señor les enseñe que todo lo que es pecado es abominable y que Dios lo odia. Entonces sé que llorarán por los pecados de sus hijos y se esforzarán por arrancarlos como tizones del fuego.

Que el Señor les enseñe cuán precioso es Cristo y cuán poderosa y completa es su obra para nuestra salvación. Entonces confío en que harán todo lo posible por llevar a sus hijos a Jesús para que vivan por Él. Que el Señor les enseñe cuánto necesitan al Espíritu Santo para renovar y santificar sus almas.

Que el Señor les conceda esto, y entonces tendré la esperanza de que efectivamente educarán bien a sus hijos; críenlos bien para esta vida, y críenlos bien para la vida venidera; críenlos bien para la tierra, y críenlos bien para el cielo; críenlos bien para Dios, para Cristo y para la eternidad.